

—L. M. A. C. E. T. A.—



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 4 DE ABRIL DE 1844.

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

(DE LA SOCIEDAD; POR BALMES.)

Artículo 1º.

(Conclusion.)

No se escapó al Sr. Cubí esta consecuencia, y así conociendo el uso que de su confesion pudiera hacerse, trató de prevenir la objecion añadiendo: «que como el temperamento sea el que fuere, es idéntico en todos los órganos cuyo conjunto forma el cerebro, *su tamaño* es casi siempre una medida exacta de la potencia mental que manifiestan.» Pero esta prevencion del señor Cubí no basta á desvanecer la dificultad; y esto por varias razones. Aun siendo idéntico el temperamento en todos los órganos que forman el conjunto del cerebro, podrá resultar que la actividad que les comunique sea igual, comparados entre sí los de una misma cabeza, mas de esto no se sigue que el tamaño sea una medida exacta; pues aqui no se trata de comparar los órganos de una misma persona sino los de diferentes. Espliquémonos con mas claridad,

hasta admitiendo hipótesis favorables á la opinion contraria. Supondremos dos individuos de los cuales el uno tenga el temperamento linfático y el otro nervioso; si damos que el temperamento es igual en todos los órganos de cada uno de ellos, y que el efecto que produce con respecto á la actividad es idéntico, resultará que si en el primero, el órgano del cálculo numérico por ejemplo, ateniéndonos solo al tamaño, es como 4, y el efecto causado por el temperamento es como 3, la actividad del órgano vendrá espresada por el producto de los dos factores, y por consiguiente será igual á 12. Entonces si examinamos otro órgano cualquiera del mismo individuo, por ejemplo la localidad, si el tamaño nos da 5, estribando en la misma hipótesis de la igualdad de la influencia del temperamento espresada por el factor 3, la actividad total estará representada por el producto de 5 por 3, ó sea 15; y así sucesivamente se irían determinando las demas facultades; pero cuando pasemos al exámen de la cabeza del otro individuo, ya no nos servirán para nada las suposiciones anteriores; entonces habrán cambiado los dos datos del problema; será preciso atender á nuevos tamaños, y á nuevo temperamento, y así suponiendo que en el primero lo hubiésemos hecho con la precision que se ha dicho, lo que es mas fácil de imaginar que de ejecutar, ¿cómo podría verificarse en el otro? Nada importaria que se digese que en cada uno todos los órganos tienen un mismo temperamento; pues que tratando de diferentes individuos, lo que al uno se aplica podrá no ser aplicable al otro. Así pues segun esta doctrina siempre será preciso atender á lo ménos, á dos cosas: al tamaño y al temperamento, y combinar acertadamente la respectiva influencia; operacion que segun parece, no ha de ser nada fácil.

Contra la indicada prevencion del Sr. Cubí milita ademas otra razon nada despreciable. Dada la igualdad de temperamento en todos los órganos de una misma cabeza, ¿es bien cierto que la influencia de este sea igual tambien sobre todos ellos, de suerte que pueda estar espresada por un factor constante como mas arriba suponiamos? Esto es lo que se nos deberia probar. Personas conoce el que esto escribe, en quienes se nota para muchas funciones una inaccion, una especie de postracion, que quizás dimanen del temperamento linfático que en ellas predomina; y sin embargo para otras muestran una facilidad, una viveza que contrastan de una manera singular con la apatía de las primeras. Esto, ¿no podria indicar que ciertos órganos se resienten mas del temperamento que otros? y entonces ¿cómo será posible graduar estas diferencias? Es muy natural que el temperamento influya tambien sobre los órganos de los sentidos externos, pero no lo es tanto que esta influencia sea igual para todos. ¿Quién no ve por ejemplo, lo mucho que va de la vista al oido, y lo muy diferentes que deben de ser las causas que contribuyan á la perfeccion respectiva? ¿y qué diremos comparando estos dos sentidos con el del paladar, el olfato y el tacto? ¿por qué no podrá suceder lo mismo con respecto á los órganos internos? Si realmente existiesen los dos órganos de la *alimentividad* y de la *sublimidad*; ¿no es muy probable que las causas que los modificarian serian de orden muy distinto? En el caso de influir al mismo tiempo sobre ambos una misma causa, no puede conjeturarse que este influjo obraria sobre el uno de muy diferente manera que sobre el otro? ¿no podria tambien acontecer que lo que para aquel fuese favorable, para este fuese dañoso? Vemos á cada paso que cierta disposicion del cuerpo desarrolla ciertas facultades, mientras embota ó adormece las otras; lo que se verifica accidentalmente, ¿por qué no podrá suceder por ley constante?

Y cuando esto decimos, no pretendemos establecer nuestra opinion sobre ninguno de estos extremos; desde un principio hemos confesado nuestra incompetencia para el fallo, y asi solo nos proponemos apuntar las dificultades que nos van ocurriendo, deseosos de que una discusion mas abundante deje en su puesto la verdad.

Ademas, que el mismo Sr. Cubí conviene espresamente en que es muy difícil el pronóstico, cuando despues de haber sostenido que el tamaño y forma del cerebro es con rara escepcion idéntica al tamaño y forma de la superficie esterna de la cabeza, restringe de tal suerte el principio que hace nacer la mayor incertidumbre sobre las probabilidades de acierto del arte en que dicho señor se ejercita. Sus palabras son las siguientes: «Pero no siempre se desarrolla el cráneo de manera que se haga tan patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó mas órganos cerebrales. Las fibras que los constituyen, pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen mas ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con solo adelgazar el cráneo por la parte interior, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible; bien asi como la testura de una pierna, que se vuelve con el bien dirigido y continuado ejercicio, mas apretada, mas compacta, mas fuerte, sin que de golpe lo perciban los sentidos.» (Ib. p. 20.)

Aquí tenemos que el Sr. Cubí confiesa dos cosas á cual mas notables: 1.^a que en ciertos casos la fuerza de un órgano puede no depender del tamaño sino del mayor vigor de las fibras que lo constituyen, y del mayor ensanche y actividad de las venas y arterias que lo reponen. Luego al ménos en estos casos el tamaño es un signo falible. Lo que sucede en estos ¿por qué no podrá suceder en otros y otros? ¿por qué se ha de suponer que el fenómeno sea extraordinario? ¿no vemos á cada paso que la fuerza de los miembros y de los órganos que tenemos á la vista no es proporcional con el tamaño de los mismos? ¿No es ley general de todos los seres corpóreos, que su actividad y demas calidades no dependen precisamente de su magnitud, sino tambien de la clase de partes y elementos que los forman, y de la manera con que aquellas y estos se arreglan y combinan? 2.^a que el cráneo puede adelgazarse por la parte interior, dejando mayor espacio á los órganos, sin que en la exterior se haga sentir el aumento. Otra prueba de que la configuracion del cráneo puede conducirnos á equivocacion, si por ella queremos pronosticar las facultades del alma.

El Sr. Cubí trata al parecer de disminuir el mal efecto que pudiera producir una confesion tan terminante, continuando; «Digo de golpe; porque á poco que se examine, deben percibirlo; puesto que una pierna, ó una cabeza, ú otro órgano cualquiera, si se ejercitan mucho, tienen otra apariencia y son mas calientes al tacto por la mas rápida circulacion de sangre que hay en ellos, que una pierna, una cabeza ú otro órgano cualquiera, que se mantienen inactivos.» No negaremos que una parte muy ejercitada adquiere mayor fuerza, y que hasta presenta señales que no la dejan equivocar con otra que se mantenga inactiva; como vemos á cada paso comparando las manos que solo manejan libros ó plumas, con las que se ocupan en faenas penosas. Pero fácilmente se echa de ver que lo que puede conocerse muy bien con respecto á miembros, cuya contestura interior se presenta á la vista y al tacto, solo cubierta con endeble cutis, no es ni siquiera posible tratándose de órganos metidos dentro una cavidad tan robusta y tan bien forrada como es el cráneo.

No quedará pues otro medio que el mayor ó menor calor que se observe en la parte; pero ¿quién no ve á cuantas y cuán varias causas puede estar sujeto este fenómeno y cuán difícil es apreciar por este medio el desarrollo de los órganos internos? En hora buena que una cabeza muy caliente indique el estado de viva acción en que se hallen las funciones cerebrales; mas ¿qué sacaremos de aquí para formar juicio sobre el estado habitual de las mismas, ni sobre la mayor ó menor estension de las facultades mentales?

El mismo Sr. Cubí, tratando de *las condiciones desconocidas*, viene á confirmar lo mismo que estamos diciendo. «Notanse á veces fenómenos de prodigiosa, sana actividad, especialmente en los órganos de la region superciliar, cuyas causas no pueden hallarse ni en su tamaño, ni en ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo. Comparado por ejemplo el tamaño del órgano del cálculo de Vito Mangiamele con el de otra persona que lo tenga normalmente desarrollado, lo consideraremos algo grande, sí, pero de ninguna manera se presentará tan desmedido como debiera esperarse de su milagroso y sobrehumano vigor y rapidísima actividad. *Blaise Pascal* es otro singular fenómeno. A los once años encerrado en un cuarto sin que jamás hubiese saludado á la geometría, inventó casi todas las proposiciones de Euclides, y á los diez y seis ya habia escrito una obra excelente sobre secciones cónicas. Bellini, Paganini y Rossini, no tienen al parecer los órganos, ni las favorables circunstancias conocidas, de cuya combinación nace la música, mas desarrollados que otras personas, las cuales despues de haber pasado toda su vida estudiando aquella noble arte, nunca llegaron á ser mas que buenos compositores ó ejecutores.» ¿Puede darse argumento mas fuerte para hacer bambolear todo el edificio de la Frenología? Si en los casos mas notables y característicos, donde no caben ilusiones sobre la mayor ó menor fuerza de una facultad, la naturaleza nos muestra que no hay proporcion entre dicha fuerza y el tamaño del órgano cerebral; ni ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo, ¿cómo podremos estar satisfechos con los principios establecidos? Esto, se nos dirá, son raras escepciones; pero ¿quién nos lo asegura? ¿quién sabe si se repiten con tanta frecuencia, que lleguen á formar una regla? ¿cabalmente las leyes frenológicas salen fallidas, en los casos en que mas de bulto debieran presentarse?

Pero oigamos de nuevo al Sr. Cubí. «Se cuentan casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios. A ninguno de estos portentos les he hallado ni el órgano correspondiente cerebral, ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas, como debieron haber sido, á no mediar por aquella portentosa retentiva, alguna otra causa ó condicion auxiliar, que aun desconocemos. Walter Scott jamás se olvidaba de lo que habia una vez oido. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó un dia con mucha pesadumbre, por haber perdido un poema que hacia algun tiempo habia compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creia poderle ser útil en recobrarlo; y en efecto á pesar de que no lo habia oido mas que una sola vez en su vida, lo dictó entero á su mismo autor quien lo habia olvidado. «Para tamaña retentiva» confiesa francamente Combe «no tenemos ninguna señal externa; si bien depende indudablemente de alguna condicion especial del cerebro.» Nuevos motivos para aumentar las dudas sobre los principios frenológicos. Y nótese bien, que hablando el Sr. Cubí de los casos milagrosos de memoria verbal, dice que el órgano correspondiente cerebral ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas co-

mo debieron haber sido, nó lo ha hallado en *ninguno* de estos portentos. Esta confesion que honra mucho la ingenuidad del Sr. Cubí, pues que da una prueba de que no repara en dar armas á sus adversarios, cuando lo exige la verdad, ataca los fundamentos de la Frenología; porque nos inclina á creer que debe de ser una ley bastante general, el que los principios de esta ciencia no son aplicables cuando se trata de facultades extraordinarias.

«El presentarse de vez en cuando estos casos milagrosos, dice el señor Cubí, en nada afectan ni la utilidad, ni los principios de la Frenología. Nunca se ofrecen donde no existe un desarrollo mas que regular, y casi siempre grande de los órganos cerebrales, y de las circunstancias favorablemente modificativas, de que les supone depender la Frenología, y de que en gran parte realmente dependen.» No podemos convenir en la opinion del citado escritor; y para que se vea la razon en que estribamos, preguntaremos: ¿cuál es el principio fundamental de la Frenología? Si no nos engañamos, consiste en suponer el cerebro compuesto de muchos órganos, con cierta proporcion entre el tamaño de estos y las facultades mentales; es así que segun vosotros mismos una esperiencia constante atestigua que esta proporcion no existe en los casos en que precisamente debiera hacerse mas sensible, luego tenemos grandes motivos para recelar que los principios frenológicos no están fundados en la naturaleza.

Parécenos que si en esta materia se han de hacer experimentos que puedan conducir á resultados verdaderamente científicos, conviene que se escojan objetos en que las cualidades sean algo singulares; del contrario hay el riesgo de no determinar bien ningun fenómeno. En efecto: supongamos que para examinar el órgano del cálculo numérico se eligen cabezas comunes donde esta facultad no tiene mas que un desarrollo ordinario; será imposible adelantar nada. En primer lugar, ni el mismo que la posee, es capaz de darse cuenta á sí mismo, de la graduacion mas ó ménos alta que disfruta. Sabrá que aprendió con mas ó ménos facilidad, que calcula de la propia manera; pero ¿quién es capaz de formarse ideas exactas sobre esos *mas ó ménos*? En segundo lugar, es necesario atender al tiempo gastado en aprender, al empleado en ejercitarse, á la clase de operaciones en que se ha verificado la práctica, y á las circunstancias de vida, de fortuna, de carácter, que pueden haber avivado ó debilitado la atencion; es preciso pesarlo todo, combinarlo, compararlo, y viendo finalmente la destreza adquirida, cotejarla con el tamaño del órgano. ¿Quién es capaz de prometerse ni mediano acierto, teniendo que llevar en cuenta tantos y tan diferentes datos, á no ser que se trate de fenómenos muy marcados, y que ofrezcan, por decirlo así, abultado cuerpo á la observacion?

«De lo que acaba de esponerse, continúa el escritor, no es difícil deducir que existe la posibilidad de pronosticar fuerza mental por el volúmen, configuracion y apariencia de la cabeza. Porque, si se sabe que el cerebro es la máquina que mueve el alma para manifestarse; si se sabe que las varias facultades del alma se manifiestan por medio de varias partes constitutivas del cerebro; si se sabe que el tamaño de un órgano es una indicacion segura por lo común de su fuerza mental, y si por fin se sabe que lo mismo es ver ó palpar la superficie esterna de la cabeza, para juzgar de la forma y volúmen del cerebro, que el mismo cerebro, salta á los ojos que segun sea el tamaño de un órgano cerebral, examinado en el exterior de la cabeza, así será la fuerza mental que él sea capaz de manifestar.» Respetamos las conviccio-

nes del Sr. Cubí en punto á la certeza de la ciencia frenológica, pero quizás en este pasage se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que hasta tal punto lleva la seguridad de los pronósticos que se formen por el mero exámen de la superficie esterna de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al ménos pueden hacerla vacilar algun tanto; y sea cual fuere el juicio que sobre las mismas se forme, al ménos será preciso convenir en que no son para despreciadas.

Y todavía conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al exámen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideracion las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el exámen de muchos órganos á la vez, infiriendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podia examinarse tal como era en sí; suposicion que permitiamos, pero que estamos muy lejos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinion. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuracion exterior corresponda exactamente á la interior, no podrá inferirse que se haya determinado el tamaño del que ocupa la localidad examinada. Para que esto pudiera inferirse con certeza, seria necesario saber si á mas de la parte de cerebro contenida en la concavidad indicada por la convexidad, no hay otra que se prolonga hácia lo interior, en esta ó aquella direccion, aumentándose asi el tamaño del mismo órgano. Aclararemos nuestra idea con un ejemplo. Supongamos que examinando el órgano de la destructividad, hallamos una convexidad en el cráneo, que nos presenta un volúmen de media pulgada cúbica; en la hipótesis de que la parte interior corresponde exactamente á la exterior, deduciremos que existe un órgano del mismo volúmen. Pero como no sabemos que este órgano acabe allí, á no ser que supongamos tambien que todos estén tan limitados á las concavidades del cráneo, como si pasasen planos secantes que les impidiesen estenderse por la parte de dentro, resultará que tendremos muy poco adelantado cuando conozcamos la parte indicada por la convexidad exterior.

Es evidente que asi el cerebro como todas sus partes, no son una mera superficie sino un volúmen; y que cuanto mas múltiplo se le suponga, tanto mas difícil se hará el determinar la porcion que de dicho volúmen corresponde á cada uno de los órganos. Considerando el cerebro como órgano único seria el exámen mucho mas sencillo; y si el tamaño debiese indicar las facultades mentales, los pronósticos estuvieran ménos sujetos á error. Asi por ejemplo, si viésemos que midiendo las dimensiones de un cráneo nos resultasen N. pulgadas cúbicas, para el volúmen del mismo, el valor de N. espresaria tambien el volúmen del cerebro; y como en tal caso no tuviéramos que distribuir esta cantidad entre los demas órganos, solo podriamos incurrir en la equivocacion que proviniese de la poca exactitud de la medida de las dimensiones, ó de la falta de correspondencia que hubiese entre lo interior y lo exterior de la cabeza. Pero suponiendo múltiplo el cerebro, cuando tengamos su volúmen total, nada habremos adelantado para determinar la fuerza respectiva de los órganos; porque el valor del volúmen espresado por N., se-

rá menester distribuirlo entre muchos; siendo evidente que semejante distribución puede hacerse con mas ó ménos igualdad y de infinitas maneras.

Para los que gusten profundizar mas la materia, y formarse ideas precisas y exactas, presentaremos la dificultad, valiéndonos de términos geométricos. Supongamos que examinando la superficie, hallemos que un órgano ocupa un casco ó casquete esférico de unas dimensiones cualesquiera; ¿conocemos por esto el tamaño del órgano? ciertamente que nó: porque no sabemos si está limitado precisamente al segmento esférico, ó si estendiéndose por lo interior, se aproxima mas ó ménos á un sector esférico, ó se prolonga en configuraciones irregulares. Y como es evidente que si esto se verifica será mucho mayor el tamaño, resulta que en no teniendo observaciones que nos demuestren cuál es la configuración de cada uno de los órganos, cuanto se diga sobre el volúmen respectivo estará tan destituido de fundamento, como si por la superficie de un casquete esférico pretendiésemos averiguar el volúmen que corresponde á porciones heterogéneas de una esfera, no sabiendo si por la parte interior se limitan al segmento, ó si llegan á formar sectores, ó conos truncados, ó si tomar otras formas regulares ó irregulares.

Cuenta el Sr. Cubí 39 órganos, correspondientes á otras tantas facultades del alma; y como es probable que no se hayan descubierto todos, debemos inferir que en caso de que el cerebro fuese múltiplo, existirían otros que no conocemos, y que nos iria revelando la esperiencia. Reflexione el lector si ha de ser poca la dificultad de deslindar los unos de los otros tratándose de una superficie tan reducida como es nuestro cráneo; que si á esto añade las precedentes consideraciones que se refieren á la configuración interior, á las ramificaciones con que pueden enlazarse, particularmente los que ocupan lugares inmediatos, echará de ver la necesidad de mantenerse en prudente reserva, siguiendo la regla que debe siempre guiar á quien se ocupe del estudio de la naturaleza, no prestar fácilmente asenso, hasta verse obligado á ello por el número y certeza de las observaciones, y por la exactitud de los racionios que manifiesten la legitimidad de las consecuencias.

Pues bien, se nos dirá ¿pensais que la Frenología es una teoría destituida de todo fundamento? ¿Opináis que no es mas que un sueño de algunos entusiastas? ¿Creeis que todos los hechos que esponen, que todas las razones que aducen, son puras falsedades y quimeras? No decimos tanto: insiguiendo en nuestro sistema de respetar las convicciones ajenas, nos hemos abstenido de calificaciones duras, y hemos hablado de las personas con el debido decoro. Mas diremos: si se nos pregunta si estamos convencidos que el cerebro sea órgano único, responderemos que en nuestra opinion este es todavía un secreto de la naturaleza; si se nos pregunta, si juzgamos imposible la multiplicidad de los órganos cerebrales, responderemos que nó: pues de la propia suerte que todos estamos acordes en que el cerebro es órgano del alma, entendiendo esta espresion en el sentido arriba explicado, tampoco es lícito negar que Dios en vez de darle uno solo, podria haber formado el cerebro compuesto de varias partes de tal manera que cada una ejerciese su funcion peculiar; si se nos pregunta si creemos que bajo este aspecto nada tenga que hacer la ciencia, y que la observacion de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, responderemos que nó; porque es indudable la relacion entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios, está indicando que hay aqui algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los

hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia ¿porqué no podrían darnoslas otras facultades?

Esta confesion está manifestando que escribimos con imparcialidad, con buena fe, deseosos de que la verdad brote radiante y pura del mismo choque de las discusiones. Pero por lo mismo que este fin guía nuestra pluma, somos enemigos de la exageracion, y no podemos consentir que pase por cosa cierta lo que es muy dudoso, y que se dé por fallada la causa cuando pende todavía en el tribunal de la razon.

¿Quién negará que la observacion de las fisonomías no pueda servir en algunos casos para congeturar sobre algunas cualidades personales? Nadie ignora lo mucho que se ha escrito sobre este particular; como y tambien que la demasiada importancia que se quiso dar á este arte, contribuyó á su descrédito. Somos amigos de la verdad, y por lo mismo no lo somos de la exageracion: que la exageracion mata las doctrinas como los partidos.

No alas, sino plomo: máxima que no nos causaremos de repetir, porque jamás la tiene demasiado inculcada el espíritu humano. Si Bacon volviese al mundo todavía encontrara en que ocuparse. Hablando el Sr. Cubí de la filosofía de Descartes, dice que si la Frenología no hubiese hecho mas que ahorrar en lo sucesivo el precioso tiempo que ingenios privilegiados emplearian en fútiles especulaciones de esta clase todavía seria acreedora á las alabanzas que se le tributan; creemos que el Sr. Cubí hace á la Frenología un honor que no le corresponde, pues no ignora dicho Sr. que no es Gall quien ha desterrado los sistemas hipotéticos. Como quiera, conviene guardarse de ellos, y en tratando de establecer proposiciones en materia de ciencias naturales, lo que importan son hechos, y no mas que hechos. Esta es nuestra opinion, la misma que manifestamos ya en el primer artículo cuando deciamos: «Como las ciencias naturales, á las que esta pertenece tambien, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía mas ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester primero: que se nos pruebe que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una funcion determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que se nos muestre que por la simple inspeccion ó el contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta congetura: quinto; que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educacion, de la instruccion, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pueden resultar: sexto; que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineacion: ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.»

Por lo tocante al modo con que debe hacerse uso de la ciencia, repetiremos tambien aqui lo que dijimos allí. «En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningun pretesto á que se la pueda tachar de ilusion y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertene-

ce. La exageracion escita quizás un entusiasmo momentáneo; solo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frivolas puerilidades de una vana curiosidad."

Otro dia nos ocuparemos de la Frenología en sus relaciones con la Religion y la moral. Procuraremos aclarar las ideas para que los incautos no incurran en errores peligrosos. Ni disimularemos la verdad, ni reprenderemos sin motivo: porque deseamos que nuestros escritos lleven el doble sello, de la austeridad de la razon, y de la imparcialidad de la justicia.

J. B.

TEATROS.

Noche del 16 de marzo en el teatro del Príncipe.—(Madrid.) *Bandera Negra*, drama en cuatro actos, en verso, de don Tomas Rodriguez Rubí.

Si en todos tiempos ha sido árdua, difícil y espinosa la profesion de escritor dramático, nunca lo fué como ahora, ni jamás han subido tanto de punto las dificultades y las trabas que impone el público, de suyo caprichoso, y hoy mas que otras veces voluble. Reconociendo esto mismo un insigne poeta frances, el autor de *Lucrecia Borgia* y *Angelo*, ha dicho en el prólogo de una de sus obras, que actualmente se llama pueblo al que antiguamente se llamaba público. Espresiva distincion por cierto, que viene en ayuda de lo que nos proponemos asentar en la ocasion presente!

Desde que el gran Moliere dió nuevo giro á las composiciones dramáticas, desde que intentó retratar, y corregir ridiculizándolas las costumbres de su época; abrióse mas ancho campo á las inspiraciones del poeta, pero en cambio aumentáronse los escollos donde puede estrellarse. No es lo mismo volver los ojos á lo pasado, y traer á la escena ora al sanguinario Neron, ora á la torpe Mesalina, ora, en fin, al soberbio Tarquino, que representar en la verdad á los hombres de nuestros dias; fácil es hacer odiosos al espectador aquellos tipos de otras costumbres y de otra civilizacion; fácil conseguir que los deteste, y que concentre todo su interes, y toda su ternura en los que cual víctimas de la tiranía ó de la maldad se le presentan. Y como no hay cabida á aplicaciones, como tan lejos están el pais, la historia y los individuos que á la vista se le ponen, ni le ocurre siquiera que á su lado tenga de continuo ejemplos palpitantes de lo mismo que ve en el teatro.

Nada mas grave, lo repetimos, nada mas difícil que tomar sobre sí la mision de corregir ó de poner al ménos en evidencia los vicios y ridículos sociales. Allí donde no hubo ni el mas leve propósito de aludir á clases ni á personas determinadas, se encuentran por espíritus suspicaces ó maliciosos,

comatos manifiestos de mortificar á individuos ó á corporaciones enteras; allí donde la sátira es mas verdadera y mas fina, tropieza con ofensas del amor propio, de la vanidad ó de otras mil pasiones ruines. El *Castigat ridendo mores* viene á ser una obra de ianensa dificultad ó de irrealizable ejecucion.

Notorios son los sinsabores de toda especie que al insigne poeta cómico francés, que arriba hemos citado, le valieron las admirables joyas con que enriqueció la literatura de su país. Fuerte él con su talento y con la grandeza de su propósito; hizo cara á todas las asechanzas, y acabó por triunfar de esa miserable ralea de enemigos que suelen serlo del mérito cuantos ambicionan sin motivo alguno la altura que otro alcanzó por sí mismo. Cada comedia de Moliere era una batalla dada en el teatro, entre los vicios y las preocupaciones por un lado, y la ilustracion y el genio por otro. Sublevábase la torpe envidia, la susceptibilidad herida, ante cada cuadro de los que ofrecia al público el eminente autor: una vez era un marido infeliz el que se juzgaba retratado en el *Coau imaginaire*; otras eran las damas de la corte las que se rebelaban contra *La escuela de las mugeres*; otras por último eran los devotos que en su despecho se indignaban de la hipocresía de *Tartuffe*, é inclinaban el ánimo del rey para que prohibiese una comedia en que se les maltrataba duramente.

Recordamos todo esto para probar que el mal de que nos quejamos es de larga fecha, y que en todas épocas su índole ha sido igual. Vengamos sino de Moliere á nuestro Moratin, y veamos iguales intentos en el dramático español que en el francés, y los propios resultados en los dos. Así, la ignorancia y la mala fe podian proscribir y llamar inmorales *El sí de las niñas*, y la *Mogigata*, y hacer que se prohibiesen durante muchos años, como dos siglos antes se había hecho en París con *Tartuffe*.

Hoy, gracias al sistema de gobierno que nos rige, esos actos arbitrarios del poder son imposibles, y si no imposibles escasos; la conciencia pública y la prensa se encargan de protestar contra semejantes excesos; y la ilustracion los condena significativamente. Sin embargo, aun hay otros medios para conseguir lo que antes ejecutaba la voluntad soberana de un individuo; la intimidacion. No ha mucho que uno de nuestros primeros autores tuvo la debilidad de consentir que una pieza suya no se representase ni publicase, porque un individuo á la sazón influyente, prometia tomar venganza de lo que él llamaba caricatura de su persona; no ha mucho en fin, que se proscribió de la escena un excelente drama de otro escritor distinguido, porque temíase que las turbas populares, entónces amigas de un personaje tristemente célebre, viesen allí un ataque á su ídolo. Todos los dias, en fin, vemos condenadas obras apreciables y de conciencia; porque ponen de manifiesto ridículos sociales ó políticos. Poco importaria todo esto si tuviésemos bastante imparcialidad para contestar como Boileau á quien le encarecia los enemigos que le procuraban sus sátiras:

Laissez, mon cher ami, qu'ils se juguent eux mêmes.

¿De qué sirve en verdad reconocer como axioma la necesidad de que el teatro sea el reflejo de las costumbres de la época; de que la crítica se esfuerze para explicarla; si las pasiones se rebelan contra la pintura, si los sentimientos mezquinos imposibilitan y destruyen la voluntad del escritor? Inútiles son sus esfuerzos, inútil que se le escite á lo que luego se le estorba. ¿O se pretende que se altere la verdad, y que en virtudes y altas cualidades se conviertan lo que son vicios y defectos? Entónces, podriamos responder lo

que un pintor florentino contestó con ruda franqueza á una dama que le pedía la retratase hermosa: *Sedlo*.

De aquí, de esta su intolerancia, mas que nunca ahora manifiesta en el público, va derivándose por resultado inmediato que los poetas prescinden de un deber imperioso en el arte; que aspiran á agradar mas bien que á enseñar; que atienden al afecto antes que á la importancia de la obra; que se descuida el valor filosófico, mirando solo al literario.

Hemos dicho todo esto, para venir á parar á la última comedia del señor Rubí, que con tan feliz éxito se ha estrenado en el teatro del Príncipe. Es nuestro jóven y dignísimo amigo, entre todos los autores contemporáneos, el que mas se distingue quizás por lo que no vacilamos en llamar *su instinto dramático*. Nadie sabe mejor que él la verdad que conviene decirle al público, y lo que conviene callarle; nadie acierta como él á conciliar todos los extremos de esa voluntad caprichosa, ni á atender á sus multiplicadas exigencias. Dotado de un talento flexible y variado, apresúrase á hacer todas las concesiones que prudentemente pueden otorgarse al gusto dominante, y no vacila en reprimir dentro de sí mismo los medios de dar mayor importancia á sus obras.

Por eso á las veces prefiere sacrificar la importancia moral á los preceptos que el espectador le impone: el Sr. Rubí escribiría dramas filosóficos el día que quisiera, si no temiese estrellarse en los escollos donde otros se estrellan. Así, no es suya la culpa si en *Bandera negra* notamos la falta de un pensamiento social, si echamos de ménos allí su fin filosófico, últimamente, si solo ha compuesto una deliciosa comedia cuando hubiera podido componer una gran comedia. Aplíquese aquí lo que arriba hemos espuesto, y se hallará cumplida justificación del Sr. Rubí, y de nosotros mismos que abonamos de todo punto su conducta.

En efecto, esa concepcion bellísima é interesante nada nos dice, nada nos enseña. No es una pintura social; no es la pintura tampoco de un carácter probado por nosotros, que esto no se debe á impotencia en el autor, lo señalamos como culpa solamente del público, que cansado sin duda de la gravedad de las cuestiones políticas que le agitan de continuo, no quiere en el teatro sino que se halague y entretenga su fantasía. Así, no pidamos mas de lo que se ha querido darnos, y hablemos ya de esa joya de subido valor literario.

Nada mas sencillo y á la par mas interesante que el argumento de *Bandera negra*. Son los años del reinado del IV Felipe; es aquella corte galante y animada, donde con pura luz brillaron tantos ingenios eminentes; es en fin, la gran nacion española en sus postreros dias de esplendor, y cuando aun se veian en el horizonte los últimos rayos del sol que alumbró á Carlos I y á Felipe II. La caída de Olivares, aparte de grandes beneficios, habia deparado el mal de despertar no pocas ambiciones que dormian acalladas por el predominio é influencia del célebre conde duque.

Quitado del medio este dique, todos aspiraron á alcanzar la privanza régia, vacante por entónces, y cual nunca codiciada. La muerte de D. Luis de Haro acaecida de allí á poco, vino á acrecer las intrigas cortesanas y á mantener mas viva la lucha entre unos y otros. En este período de nuestra historia ha colocado el Sr. Rubí su comedia, haciendo principales personajes de ella á dos hijas del ministro Haro, y á un sobrino del cardenal arzobispo de Toledo. Es doña Esperanza, dama de altiva condicion y de indomable orgu-

llo, que apenas ha dejado el luto que por la muerte del conde su esposo llevaba cuando pierde á su padre, y con él no levas proyectos de elevacion propia y de sus deudos. No muy dada por cierto á obsequios y galanteos, muéstrase esquiva á las asiduidades de un D. Félix, pariente cercano como hemos apuntado arriba del venerable prelado. Quizás choca con el natural esquivo de la dama, el desenfado y marcial franqueza que usa el galán, y desde los principios resuélvese ella á pagar con desaires las atenciones de que es objeto. Y no en plan queda su intencion, sino que dásele á entender claramente, asi como él promete hacer prueba de tanta obstinacion como doña Esperanza emplee para resistir. Juráronse los dos guerra á muerte, y enarbolan ambos *Bandera negra*. Desde entónces comienza una lucha incesante, con una diferencia, no obstante, que la altiva señora lleva por punto no sucumbir, y que á D. Félix le anima un amor si bien no muy vivo, profundo al ménos. De esta suerte crúzase con el mas grande desvío una perseverancia digna y caballeresca, con los dictérios y las ofensas, servicios nobles y generosos, con la sequedad y la malicia, la abnegacion y la ternura. No narraremos una por una las ocasiones en que D. Félix opone estóica resignacion ó pasmosa diligencia, ya para sufrir los rigores de la dama, ya para evitarla pesares ó disgustos; últimamente, cuando el marqués de Liche, hermano de aquella, preso y condenado á muerte como sus cómplices por haber atentado á la vida del rey, acude á salvarle el leal caballero por medio del favor que su tío logra. Entónces no mas resiste la injusticia de la rencorosa condesa siéntese conmovida con las pruebas de tamaña generosidad, y la gratitud hace lugar á otro sentimiento mas dulce, en una palabra la misma viuda pide perdon á D. Félix de sus injuriosas sospechas, y le ofrece la mano que él acepta trasportado de placer.

Seguramente no habremos acertado á dar idea de la gracia y de la novedad de este asunto manejado por otra parte con singular maestría. Una vez sola el poeta ha ido demasiado allá; cuando teniendo doña Esperanza en sus manos el perdon del monarca para su hermano, aun duda, llevada de su desconfianza hácia aquel á quien de tanto es deudera. Esto no es lógico ni racional, sobre todo atendiendo á los deleznales cimientos en que se apoya. Tampoco hubiera perdido nada la comedia con que las disputas de dos personajes episódicos, una dueña y un mayordomo fuesen mas breves.

Ligerísimos lunares son estos que no amenguan en nada el mérito de la obra. ¡Qué belleza en cambio en los detalles! ¡Qué gracia en los caracteres! ¡Qué chispeante viveza en el diálogo! ¡Con cuánta maestría, en fin, alternan las escenas del alto género cómico con las del alto género dramático!

El Sr. Rubí con la *Rueda de la fortuna* se colocó á la altura de nuestros primeros escritores contemporáneos; con *Bandera negra* ha manifestado cuán digno es de esa elevacion á que por sí solo se ha encambrado. El jóven poeta es un diamante que no en Rubí en nuestra literatura dramática. No han de parecer sospechosos estos elogios á quienes sepan la amistad sincera que con él nos une, pues vienen á sancionarlos y á darles mayor fuerza la voz y el fallo de un público numeroso.

Fuerza es convenir en que la ejecucion ha hecho resaltar grandemente las bellezas de la comedia: afortunado en todo el autor, puede tener la satisfaccion de que las dos bellísimas comedias que ha dado este año al teatro del Príncipe han sido á la vez las dos mejor ejecutadas hace mucho tiempo. La igualdad del conjunto, que es tanto en la escena, ha contribuido á hacer

resaltar el acierto de cada actor separadamente. No hallamos palabras con que encarecer á la señora Díez, que ha dejado atrás lo mucho que la habíamos visto antes. Maligua, irónica, tierna y apasionada, en todas las situaciones se ha manifestado actriz tan eminente como celosa. Su esposo el Sr. Romea ha compartido dignamente con ella los mejores laureles: los demás, aunque en papeles de menor lucimiento é importancia, han contribuido al éxito de la comedia, que es uno de los mas grandes de que hay memoria en los fastos teatrales, pues el autor ha sido llamado á la escena cuatro noches consecutivas. ¡Digno premio de su laboriosidad, de su incesante estudio, de su acrisolado talento!

CRÍTICA LITERARIA.

CREENCIAS Y DESENGAÑOS:

novela original por D. Ramon de Navarrete.

MIENTRAS algunos ramos de la literatura van tomando en nuestra patria cierto incremento, la novela que tanta importancia ha conquistado en otras naciones, que tantos alicientes tiene para agradar á mayor número de personas, y que tan abundante cosecha de gloria y de dinero podia proporcionar á nuestros escritores, yace completamente abandonada de ellos y sin dar mas que de vez en cuando alguna ligera señal de vida. En tanto los traductores esplotan esclusivamente este ramo de la literatura, y satisfacen el abundante consumo que de esta clase de libros se hace en nuestro país. Estraña anomalía!... nada se lee tanto en España como las novelas, y nada tienen tan olvidado los escritores españoles como este género de producciones. Inexplicable parecerá esto á primera vista, mas no seria difícil ni ageno de este lugar indagar las causas que á ello dan origen; pero tal vez nos desviaria demasiado del principal objeto de este artículo y renunciemos por ahora á la cuestion. El hecho existe; la necesidad de fomentar este género de producciones tan descuidado entre nosotros es reconocida por todos, y ya que tan escaso número de ellas se cuenta en los fastos de nuestra moderna literatura, deber es de la critica no dejar pasar desapercibidos los esfuerzos de algunos pocos para darle movimiento y vida.

Con este deber vamos á cumplir al ocuparnos de la novela del Sr. Navarrete, que con el titulo de Creencias y Desengaños ha visto recientemente la luz pública: y este deber es tanto mas grato para nosotros, cuanto que, segun nuestro sentir la novela del Sr. Navarrete es el paso mas notable que de algun tiempo en esta parte se ha dado en este género.

Creencias y Desengaños es una novela de costumbres que pertenece á las que algunos llaman ahora filosóficas; denominacion que solo adoptamos por ser la mas generalmente admitida, y no porque nos satisfaga del todo. El titulo de esta novela da ya una idea bastante clara del asunto de ella, pero no lo da ni debe darlo del fin que se ha propuesto el autor, de la consecuencia moral que trata de sacar por medio del cuadro que va á trazar-nos de esa lucha perenne y dolorosa á que está condenado el hombre entre las ilusiones de su alma y las amargas realidades de la vida: de esa

lucha que va desvaneciendo uno por uno todos los sueños de su juventud, rompiendo en su corazón, á fuerza de herirlas con el desengaño, todas las fibras del sentimiento, conduciéndole no pocas veces al escepticismo ó á la desesperacion.

Lucha terrible que ha dado mucho que pensar á los filósofos, mucho que lamentar á los poetas especialmente á los contemporáneos, y que por desgracia mas de una vez ha sido puesto en ridiculo por inesperlos é imberbes vates (soi disant) que con la pluma mojada aun en la tinta con que trazaron los palotes de la escuela, pretenden describir pasiones y sentimientos que no pueden comprender.

Pero si el asunto no es nuevo, si le han tratado con acierto muchos filósofos y poetas, cada uno con arreglo á sus doctrinas, mas ó menos sanas, si otros le han ridiculizado neciamente, no por eso deja de ser interesante, no por eso están agotadas todas las consecuencias provechosas que de él pueden sacarse, ni recorrido todo el ancho campo que ofrece á la pintura de nuestras costumbres sociales y á la poética imaginacion del novelista. Reconocida, pues, la importancia y utilidad del asunto y que no es imposible presentarlo con interes y novedad; si por estar ya tratado de diferentes modos, si por haberse desacreditado alguna vez entre manos inhábiles, presenta mayores obstáculos al escritor que le acomete, tanto mayor gloria para este como salir airoso de su empresa. En este caso creemos que se encuentra el autor de la novela que vamos á examinar.

Hemos dicho mas arriba que el título de la obra del Sr. Navarrete daba una idea bastante clara de su asunto, pero que no dejaba ni debia dejar entrever el fin moral que el autor se proponia deducir de él. Con efecto, Greencias y Deseugños! cuántas y cuán variadas consecuencias se pueden sacar de las reflexiones á que dan origen estas dos palabras! No es lo menos difícil de la empresa atinar con una de las mas provechosas y menos trilladas, y esta dificultad está hábilmente vencida por el Sr. Navarrete. Por eso no ha debido dejar entreveer el fin moral á que se dirigia su obra, porque estando íntima y oportunamente enlazada con el interes dramático de la accion, destruiria el efecto de este, y dañaria tambien al de aquel.

Raimundo es el personaje principal de la novela, en torno de este gira toda lo accion y todo el pensamiento que el autor se ha propuesto desenvolver por medio de aquella. Jóven, de una virtud severa, con una cabeza llena de ilusiones, con un corazón sano é impresionable, con talento y facultades para brillar en el mundo, pero demasiado tímido y desconfiado de si mismo, crédulo en demasia y escaso de esperiencia, sus bellas cualidades se malogran por los que moralmente no se pueden llamar defectos, pero que por pequeños que parezcan, y por mas que tengan en él un origen laudable, son la principal causa de todas sus desventuras. Todos sus sueños de porvenir, de gloria, de amor y de amistad se van estrellando y desvaneciendo uno por uno ante la dura y amarga realidad de los desengaños. El Sr. Navarrete arrastra á su héroe hasta el borde de la desesperacion, pero con mucho talento le arranca de él para colocarle léjos de una sociedad en que no supo vivir, y halla al fin en la calma de su conciencia el consuelo de las penas que le hicieron sufrir sus desengaños ya que el remedio de ellas es imposible.

Pero ¿porque Raimundo vea tan cruelmente desvanecidas todas las esperanzas que habia fundado en el amor de Adela, y en la amistad de Julio y cariño de su hermana, porque va desconocido por los hombres su talento y

hasta escarnecidos por ellos sus mejores acciones, hemos de deducir que no hay en el mundo mugeres que amen con lealtad, ni amigos verdaderos, ni justicia en los hombres para apreciar el mérito y la virtud? No por cierto; ni ha sido este el pensamiento del autor. Buen cuidado ha tenido de poner al lado del débil, despues egoista y venal, amor de Adela el de otras tres mugeres que cada cual ama segun su carácter, con pasion Luisa, con ternura Emilia, por gratitud María; pero todas con amor verdadero y desinteresado.

Si Julio es el retrato, por desgracia demasiado verdadero de muchos que usurpan el santo nombre de la amistad, el carácter de Fernando contrapuesto á este trazado en pocos rasgos pero llenos de interes y nobleza; es el modelo del verdadero amigo. En una palabra, el Sr. Navarrete huyendo de la senda trillada y ridicula de esos declamadores eternos de las costumbres de su época, no ha querido pintar á nuestra sociedad ni mejor ni peor de lo que es verdaderamente, y en esto ha dado una prueba de talento. La poca esperiencia de mundo que supone en su héroe y en su excesiva credulidad, son las principales fuentes de los desengaños que experimenta y de las desdichas que le sobrevienen.

Pero si Raimundo se pierde por crédulo y confiado, no es tampoco la incredulidad y el escepticismo el medio que aconseja el autor para salir á puerto seguro del laberinto, de la sociedad y de la borrasca de las pasiones. Carlos, esceptico por escelencia y carácter, enteramente opuesto al de Raimundo, también es rechazado de la sociedad de una manera harto mas vergonzosa que el último. Asi, pues, por medio del contraste de los caracteres combinados con tino y buen efecto dramático, deduce el autor su leccion moral y manifiesta que el hombre que quiere vivir entre los hombres debe dedicarse á estudiarlos para saber lo que debe tributar á sus virtudes y hasta donde debe dispensar á sus flaquezas; que los instintos nobles y los sentimientos honrados no bastan para guiarle en el laberinto del mundo, y que la ciencia de este, como dice muy bien el Sr. Navarrete, es tan necesaria al hombre, « como la náutica á los marineros para no naufragar en el mar proceloso y el único medio de vivir dichoso en el mundo sin renunciar á la virtud. »

Escusado es demostrar la utilidad de estas máximas, y por lo tanto está claro que el Sr. Navarrete ha acertado en el pensamiento filosófico de su novela. Examinemos ahora la parte artistica de ella indicando aunque ligeramente algunas de sus principales bellezas.

El plan de la obra está meditado á conciencia y desempeñado con acierto. El interes bien graduado, lo mismo que el movimiento dramático: y los acontecimientos se enlazan sin violencia unos con otros, de una manera lógica y natural. La primera parte que encierra la esposición escita ya el interés en alto grado, si bien repartida entre distintos personajes, y no es el menor mérito de la novela que nos presenta en este primer cuadro como principales actores á Carlos y á la condesa, dejarlos luego en segundo término sin hacerlos perder nada de su valor, al dibujar en los cuadros sucesivos el carácter de Raimundo. Este no se adivina apénas en la primera parte, y el artificio con que está oscurecido en ella el principal carácter si al principio parece un defecto, bien meditado se ve que es una consecuencia natural del mismo. Los hombres tímidos y desconfiados no dejan percibir sus cualidades á primera vista, y por grandes y apreciables que sean estas, se ven ofuscadas por los que saben ostentar las que poseen, y aun fingir las que no tienen. Este enlace casi misterioso que une con tanto artificio la parte moral del carácter de Rai-

mundo, con la parte que llamaremos material ó de accion de la obra nos agrada en extremo.

Si como hemos manifestado los principales caracteres están profundamente meditados y hábilmente desenvueltos, los de interes mas secundario están tocados con suma gracia, ligereza y verdad. Uno sobre todos; el de la Generala está tan cómica y fielmente dibujado y con tal precision, que desde que la buena señora asoma las narices á la puerta de su casa se adivina lo restante de su figura: y apénas pronuncia las primeras palabras para reñir á su hija Adela porque se arrastra por los suelos al socorrer á la infeliz Luisa desmayada, apénas se la oye decir que la caridad tiene sus límites, se deduce sin violencia cuanto aquella figura ridicula de alma vulgar y mezquina, da despues de si en el curso de la novela.

Las escenas cómicas y dramáticas están imperiosamente enlazadas en el curso de la obra. Es un modelo de las primeras el capítulo titulado En una escalera, y de las segundas el cuadro final de la segunda parte.

Las situaciones difíciles en que se coloca el autor están vencidas las mas veces con suma habilidad; sobresale entre todas la que encierra el capítulo titulado Lo que es otra madre, en el que por medio de un diálogo diestramente manejado, produce con felicidad un cambio de situacion y de afectos en extremo arriesgado.

La novela elevada á la importancia que en nuestros dias ocupa, no se limita solo á presentar los hechos de un modo mas ó ménos dramático, mas ó ménos filosófico, mas ó ménos poético, sino que los analiza detenidamente, indagando su origen, escudriñando por decirlo así hasta los menores sentimientos, los mas ligeros matices del carácter de sus personajes para explicar por este medio los fenómenos de sus pasiones é indagar sus mas recónditos pensamientos.

Este derecho ó mas bien esta obligacion del novelista que le prescribe analizar y disecar, por decirlo así, una por una todas las fibras del corazón, es sin duda alguna el mas envidiable pero tambien el mas espinoso. El Sr. Navarrete ha sabido usar de él con economia y tino, y en todas las observaciones que deduce de los hechos, en todas las reflexiones que á ellas añade, hay verdad, conciencia, intencion recta y bastante conocimiento del mundo.

Compuesta, pues, la novela del Sr. Navarrete de tan buenos elementos, abundando en tanta belleza intrínseca, no está ménos lujosamente ataviada. La variedad, hermosura y brillantez de sus descripciones, la pureza del estilo, la poética armonia de su prosa, y la elegancia y rotundidad de sus períodos, son dotes que ya ha reconocido el público en el autor en obras anteriores á la que examinamos: por lo tanto no nos detendremos á demostrar que todas estas cualidades abundan en ella, ni citaremos en prueba ninguno de tantos bellos trozos como á cada paso se encuentran, y cuyo valor no se puede apreciar dignamente sacándolo del lugar que le corresponde.

Terminaremos, pues, este artículo felicitando al Sr. Navarrete por la publicacion de su novela, animándole á seguir por la senda que ha emprendido con tan buenos auspicios en un género que tan á propósito es para hacer brillar las excelentes dotes que distinguen á este jóven escritor, con cuya amistad nos honramos.

L. VALLADARES.